

MUERTE, LIBERTAD, SUICIDIO (I): «LA FILOSOFÍA COMO PREPARACIÓN PARA LA MUERTE»

EN AGRADECIMIENTO A D. VICENTE ROMÁN FUENTES

INTRODUCCIÓN

La muerte, como el nacimiento, constituyen las dos experiencias humanas más universales. Lo que se puede decir del ser humano con total certeza es que una vez nacido del seno de una mujer su proceso biológico le encamina inexorablemente a la muerte. Las religiones han ofrecido distintas explicaciones de la realidad mortal del hombre e igualmente expresan anhelos y certidumbres de diverso género sobre el «más allá» de nuestra vida. No es extraño, pues, que el impacto de la muerte también esté presente en el origen del pensar filosófico. Los continuos cambios y transformaciones de la naturaleza, así como la mutabilidad, finitud y mortalidad de los seres humanos, pueden ser interpretados como las raíces del pensar filosófico y por ende, su impulso y acicate. Escribió Schopenhauer: «*La muerte es el genio inspirado, el Muságetas de la filosofía... Sin la muerte difícilmente se hubiera filosofado*»¹. Los primeros filósofos, en sus reflexiones cosmológicas, se referían al hombre como «mortal», resaltando lo que consideraron su calificativo antropológico más específico. Y encontramos en los fragmentos que nos han llegado hasta hoy algunas afirmaciones sobre lo

1 A. Schopenhauer, *El amor, las mujeres y la muerte*, Edaf, Madrid 1979, p. 81. En otro texto resulta aún más claro: «*Es el conocimiento de la muerte junto con la visión del dolor y la miseria de esta vida lo que, sin duda, ha dado el impulso más fuerte a la reflexión filosófica y a las explicaciones metafísicas del mundo. Si nuestra vida no tuviese fin ni dolor a nadie probablemente se le ocurriría preguntarse por qué existe el mundo o por qué está hecho así, sino que todo eso sería algo obvio*» (texto recogido y traducido por D. Sánchez Meca en el estudio preliminar de A. Schopenhauer, *El dolor del mundo y el consuelo de la religión*, Alderabán, Madrid 1998, p. 10).